

## BUENOS AIRES Y EL FUTBOL

Por Federico Peltzer

CLUB ATLETICO BOCA JUNIORS  
CAPACIDAD 85.000 ESPECTADORES

Todo país cultiva su pasión nacional. Si no la tiene, a buen seguro porque no está integrada plenamente. Sería interesante determinar, mediante una encuesta, cuál es la pasión de los argentinos: quizá los cómputos se inclinaran por algunos de estos destinatarios: el caballo, el mate, el tango, el fútbol, la carne asada, el truco... Varios, en suma. Por algo los sociólogos tratan de desentrañar la esencia de lo argentino. Con España, por ejemplo, no habría lugar a dudas: la pasión nacional es una batalla de dos fuerzas: la lidia entre el animal, todo impulso, y ese muñeco, todo astucia, que lo doblega. Cierta vez oí decir a un español que el torero constituye un fenómeno único: porque el pueblo español, tan viril, tan enemigo de exhibicionismo y de gracias inútiles, tolera que un hombre se vista de aros, se calce como un bailarín, se cina una faja de vivo calor, un pantalón que lo desnuda de puro apretado... y que haga gracias y pasitos ante él, por la tarde, como si no fuera un hombre de veras. Para contrabalancear tanta indulgencia, ha puesto en el otro platillo ni más ni menos que la muerte.

El porteño no se deja deslumbrar: padece, más bien, por un exceso de juicio crítico; tanto, que lo cuestiona todo, hasta lo que parece evidente. Es como si quisiera hallar, a viva fuerza, otra cara en las cosas, como si sospechara que procuran correrlo

con la apariencia. Entonces decide poner a prueba los valores; una prueba cuyas reglas no serán las que recomiendan los antecedentes del sujeto, sino las que él dicta. Ya en 1931 Scalabrini Ortiz advirtió esta modalidad, y señaló que el porteño emite juicios egocéntricos, es decir que, para juzgar, comienza por cotejar lo hecho por otros con sus propias aptitudes; sólo si éstas le parecen superadas, el extraño aprueba el examen.

Y, sin embargo, hay algo ante lo cual se entrega, una gran pasión que desborda su desconfianza, su incredulidad. El porteño vive y padece una pasión ciudadana que es el fútbol. Todo su sentido crítico se desvanece ante ella; lo siente y nada más. E inclusive cuando lo analiza demasiado, es decir, cuando asume el papel de técnico (como suele ocurrir ahora), dice los mayores disparates y erra de medio a medio. Tanto el jugador (elemento activo) como el hincha (elemento pasivo, o contemplador, si se prefiere) intuyen el fútbol, lo inventan sobre la marcha; sin eso, no "ven" nada, ni en la cancha, ni en las tribunas.

Como toda pasión, el fútbol no se elige. Rara vez el hincha se convierte en tal por costumbre de acudir a un estadio y por elección de un equipo; lo es antes de pisar ninguna cancha, desde chico; a veces por herencia. Sigue al padre, por lo general, y hereda sus aficiones; aunque igual que en los caprichos de la natura-





leza, puede ocurrir que un padre de River engendre un hijo de Boca; y viceversa.

Los clubs grandes obtienen adhesiones por gravitación de su prestigio: son mitificantes. En un pueblito de La Rioja puede aparecer un hincha de Racing, aunque jamás sepa de ese nombre otra cosa que su leyenda. Los clubs chicos, en cambio, los recogen casi siempre por razones de herencia o vecindad. Es decir: o el "principio de autoridad", o el instinto gregario, que lleva a agruparse en el núcleo más próximo. Después, la historia sigue, evoluciona por sí.

El hincha de club grande es como el súbdito de una gran potencia: se siente integrado en un organismo que lo protegerá en cualquier parte; tiene "vocación imperial"; su meta es conquistar, desempeñar un papel en

la historia. Como el clásico, está conforme con su condición y con el medio en que se desenvuelve. Pisa fuerte porque tiene derecho a hacerlo; un derecho que nació con sólo optar, como si uno se naturalizara ruso o norteamericano. El del club chico, en cambio, sabe que su destino es inestable y, por lo tanto, peligroso. Es un francotirador que puede lograr, esporádicamente, algunas satisfacciones, pero que tasa también sus conquistas, porque éstas jamás podrán conmovir los pies de los gigantes. El hincha de club chico es un romántico y un fatalista. Quizá, en lo profundo, crea en un tiempo mejor, una especie de Arcadia donde ganen los más capaces, el dinero y el poder no determinan los resultados, la victoria sea de quien más la merezca. Sin embargo, sabe también que la suerte

está echada y que él es responsable de esa suerte, porque aceptó sumarse al bando de los débiles, los menos, los que siempre pelearán para ganar apenas el derecho de subsistir. Al hincha del club grande no le importan las batallas perdidas, porque aspira a ganar de cuando en cuando su guerra; el hincha de club chico no tiene más alegría que la efímera gloria de uno o varios combates. Uno traza planes ambiciosos; el otro se pasa la vida esperando el instante, pronto para aprovecharlo al máximo, porque sabe que es sólo eso, una fugacidad, algo irrepelible, como el amor, o el momento de plenitud que todo lo justifica.

Muchas interpretaciones he escuchado (o leído) acerca de esta pasión colectiva de Buenos Aires. La primera y más frecuente, es la femenina, la

manso a casa. Nótese cómo, en un principio, la novia entabla una sorda lucha con ese rival invisible: "o el fútbol a yo". Y allá va él, colgado del brazo, al cine, o a pasear por un parque: aparentemente, la complaca en todo. No bien ella se descuida, el hombre espía la pizarra o el título de un diario, aguja el oído para oír la "síntesis de la jornada" en la radio a transistores del ciudadano que, despreocupado y dueño de su destino, se cruza con ellos.

Variante: cierta vez escuché una interpretación increíble, en una mesa redonda acerca del tema: el fútbol sería figura de instintos sexuales reprimidos. Por algo consiste en introducir un balón en el arco adversario. Tal vez quien así opinaba (una mujer y escritora por añadidura; y más aún, muy ubicada en la real) olvidaba dos detalles: primero, que los dos tercios de los deportes consisten en ubicar una pelota en una zona; por ej., el polo, el golf, el rugby, el basket, el hockey, el tenis, la pelota y sus variantes, el cricket, el base ball, etc. Segundo, que un verdadero hincha se entusiasma, no sólo con el gol, sino con los primores de una jugada cualquiera, a con la garra de una buena defensa.

Otros opinan que las multitudes sienten la necesidad de vivir una gran pasión; y cuando las circunstancias históricas no se las brindan, las inventan. Ya el viejo (pero no envejecido) Gustavo Le Bon, señalaba la influencia que las ilusiones ejercen sobre aquéllas; más aún: su necesidad: "Dar a los hombres la parte de esperanza y de ilusión sin la cual no puedan existir, tal es la razón de ser de los dioses, los héroes, los poetas". Para el hincha, su jugador favorito es un héroe, porque hace lo que él no puede hacer, la desquita de su impotencia. Hay como un mensaje cifrado, como una transmisión de pensamiento, o un pasar de potencia a acto, entre el pablador de las tribunas y el héroe del campo de juego.

#### CLUB ATLETICO RIVER PLATE

CAPACIDAD 101.000 ESPECTADORES

Por fin, ¿por qué no pensar que el portero, saturado de individualismo, necesita integrarse alguna vez con el grupo, con la muchedumbre, y que el fútbol le proporciona la cuota de entusiasmo necesaria para hacerlo? ¿Que otra cosa pueda brindarle en idéntica medida? Los políticos mientan, y pasan; los jugadores también, es cierto. Pero, a través de los años, una vez consagrada a una divisa, a una pasión que tiene nombre, sabe que, domingo a domingo, podrá encontrarse con los otros que sienten como él, y luchar por ella, en el triunfo o en la derrota, gratuitamente, como en esas guerras que sólo se libran por el honor.

Algunos han compuesto, con gran acopio de fechas y de datos, la historia del fútbol. De vez en cuando, suele aparecer en la T.V. un memorioso que aspira a ganar millones con sólo acertar preguntas referidas al pasado del deporte. Yo no pretendo repetir tamaño empresa en unos pocos renglones. Pero se me ocurre que, si alguna vez la tentara, dividiría esta historia (por lo menos hasta el presente) en tres capítulos.

Llamaría al primero "La Edad del Mito". (Como el libro de Bullfinch); es decir, el legendario tiempo de los héroes, ése que sólo recuerdan los hombres de más de setenta años (los Brown, Lafaria, Watson, Hutton); y el de esos otros que, quienes rondamos los cincuenta, conocimos: Seoane (el "Negro" por antonomasia), Yustrich, Bosio, Bottasso, Bidaglia, Ochoa, Zumezu, Olazar, Perinetti, Bernabé (el que no necesitaba apellido), Scopelli, Stabile. Todo en ellos era grande, fuerte, genial. Eran los dueños del destino, los únicos verdaderos arquetipos. Ellos lograban hacer, por su sola presencia, el porvenir de un Club; ellos estaban siempre, domingo a domingo; ellos eran iguales a sí mismos, con los rasgos inmutables, como quería Aristoteles que fueran los verdaderos caracteres (valga en la ocasión la falta de respeto).

Hablaria luego de "La era del ballet", cuando el fútbol era una alegre fiesta donde se balanceaban la fuerza y la gracia, la picardía y el impulso. Por ese tiempo el hincha era capaz de olvidar sus banderías para ir a ver la delantera de Independiente (que tuvo tres maravillas), la de Estudiantes, la "máquina" de River, aquel prodigioso Newell's que ganó un nocturno en Buenos Aires, como quien emprende la conquista del asfalto... o aquel San Lorenzo que aportó el último chispazo de belleza, hace más de veinte años. Entonces era menester equilibrar los extremos: junto a Bernabé, Lago; al lado de Varallo, Cherra; para servir a Coixa, Ivan Mayo; y a Massantonia, Baldonado; y a Langara, Waldemar; y como un ayuda de cámara del industrial impulsivo, Zito (la "bardadora"), bien pegado a ese bufalo de las áreas que fue Evaristo Borrero. Entonces era posible referir diez veces el celebre gol de de la Mata, o cantar diez pases entre Labruna y Loustau, o los cien saltos con garrocha de Arsenio Erico; o admirar al señorita de Sotaya. Y enfrente, para destruirlos, un ejército dando sólo peleaban marciales: Salomán I, Parica I, el señor Basso, o Domingos da Guia, un back de etiqueta.

Mi último capítulo se llamaría "La Era de la técnica" y se referiría, clara,



al tiempo actual. Una época en que la consigna es producir. ¿Qué? Resultados. El taylorismo en el fútbol. Los jugadores que no se ven, el tiempo de destruir, de esperar la casualidad. Los dominadores del destino ya no pisan el césped; ahora reina el azar, y dieciocho hombres tratan de no equivocarse durante noventa minutos, para que cuatro (o a lo sumo seis) se queden sin explotar el error, nunca aprovechar la creación. La edad del aburrimiento, del hastío. Chéjov o Moravia podrían ser los cronistas de este fútbol de hoy y el hincha, que sigue madrugando, quiere convencerse de que lo importante es el punto en una tabla; pero un diablo le dice al oído que, para una cosa así, tal vez resulte mejor, después de todo, hacerle el gusto a la mujer, o a la novia, y sacarlas a pasear un rato.

Tampoco faltan ensayos sobre la psicología del porteño. Pero rara vez he visto, en ellos, un capítulo destinado al hincha de fútbol, con sus virtudes y sus defectos. Si yo fuera psicólogo y sociólogo (como antes, imaginariamente, me hice historiador), creo que procuraría resaltar algunas de sus estimables condiciones, que las tiene, aunque a veces la fama (o la crónica policial), lo desmientan.

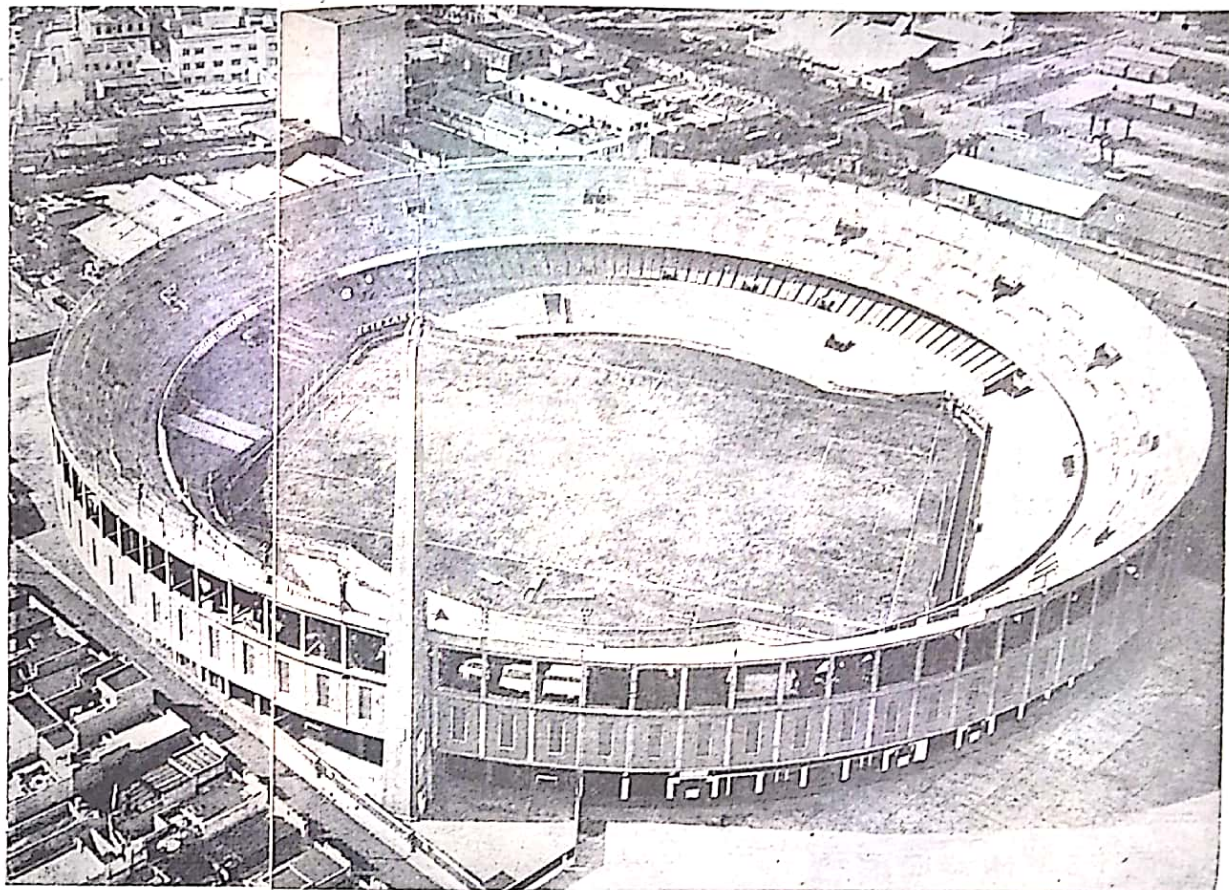
En primer término, su fidelidad. Cuando el hincha adopta una divisa, no la abandona. Irá a ver a su cuadro, o a otro; o directamente no verá más fútbol. Na importa. Siempre confesará, al ser interrogado, sus preferencias. No hacerla le parecería una negación peor que la de Pedro. Es mentira que existan "hinchas del fútbol". Hay, sí, enamorados del fútbol; pero el hincha, es decir, el que se entrega en cuerpo y alma, lo es de un cuadro. Y es constante: "la mujer se cambia, la camiseta, no", podría ser su divisa. Por eso, en la hora de la desgracia, la sobrelleva como una fatalidad.

En segundo término, su don gratuito, es decir, su "interés desinteresado" (como decía Kant del arte). En ser hincha está su recompensa. El porteño le pide a la vida muchas cosas; quizá, antes que nada, que no se meta con él y lo deje ser como es. En la vida están comprendidos el gobierno, el jefe y la mujer. De todos quiere y espera lo mismo. En el fútbol, en cambio, se da. Si le exige renuncias, sacrificios, hasta heroicidades, está pronto a llevarlos a cabo. No espera de su club, o del jugador al que admira, sino que sean como son y él los quiere, que le permitan consagrarles esa energía que acumula a diario para hacerla entusiasmo, polémica, pelea si es preciso, en la tarde del domingo.

El carrerista, no. El carrerista tiene también sus ídolos, los admira; a veces les agradece algo; pero no los quiere. Piensa que, lo dado hoy, le será arrebatado mañana. Es un fatalista. El hincha de fútbol no juega sino su prestigio, su deseo de amar algo hasta el límite. Hay un intermediario que no conoce: el dinero. Ni como ansia de posesión, ni como factor de corrupción. Por eso se indigna cuando oye decir que, allá abajo, también ese intruso mueve los títeres. El carrerista desprecia al hincha de fútbol por lo desafortado y gratuito que éste se muestra. Es un hombre de estudio, de gabinete: prepara y después ejecuta. Si le va mal, vuelve a comenzar. Sabe poner rienda a sus pasiones y rara vez comete un desafuero. El hincha, a su vez, se jacta de no mezclar lo que es sólo espiritual con ese amo del mundo que es el oro; su entusiasmo es incontaminado, un porque sí que lleva en ser lo que es la única razón. A veces se dan ejemplares híbridos, que alternan "fútbol y carreras", como en el pregón vespertino de los canillitas. Tengo para mí que no son, ni buenos carreristas, es decir, hombres de método y conducta, ni verdaderos hinchas, o sea hombres de entusiasmos sin más norte que una tarde de gloria para su cuadro.

Por último, la equidad final. Y esto parecerá extraño a muchos. Porque ese energúmeno que salta bajo una bandera como un campiés ondulante, que parece ver sólo once camisetas (cuando hay veintidós), que no conoce más términos que el delirio y la glorificación o el insulto, después, cuando todo pasa, cuando llega la hora del balance, se apacigua, considera, pesa y, finalmente, "ve": entonces el rival es aceptado y, el que vale, vale; entonces el ídolo de los otros es un poco también el ídolo propio, por haber tenido el privilegio de verlo jugar. Y si antes lo insultó por eficaz, por perfecto destructor de ilusiones, ahora lo saluda, se lo apropia, repite su nombre en la tertulia del café, o ante el café de la oficina, lo palmea con el correr del tiempo, si lo encuentra vestido de ser humano común al entrar o al salir de la cancha. Es como un reconocimiento póstumo, como un saludo al mérito.

Toda ciudad tiene lugares donde, a través de algún paisaje, se adivinan los signos de su espíritu. Algunos han hablado de las fuentes de Roma, las riberas del Sena, los parques de Berlín, las callejas del barrio viejo de Madrid. También, en Buenos Aires, le ha tocado el turno a sus plazas, sus cortadas, las orillas de su río... sus cambiantes barrios.



ESTADIO DE RACING

CAPACIDAD 99.100 ESPECTADORES

Nadie ha paseado tanto por Buenos Aires, creo yo, como un hincha de fútbol. Ni siquiera los poetas que han querido encontrarle el alma, y la han recorrido lenta y morosamente para descubrirla. El hincha, es verdad, pasa sin ver, se desliza, como la corriente, el aluvión, que no se detiene en las orillas, sino que las desborda, para ser más pronto mar. El hincha camina rápido. Deja muy temprano lo suyo, comer apurada, se sacude las recomendaciones femeninas como pelusas molestas. Quiere llegar, e integrarse. Paciente para todas las

"colas" semanales, no soporta la cola de la boletería... Con el alma en un hilo, está atento al rumor que le llega de adentro, a lo que ahí puede ocurrir. Quiere estar ya, con los otros, para una partícula que se suma a la fiesta; más que mirar, quiere vivir. Al fin y al cabo, un estadio es un vaso donde se vuelca el ansia de vivir, por unas horas, lo que vale cualquier precio, si llega a realizarse. He ahí el motor que lo mueve, la razón de su lleno. Y nada importan su tamaño, sus características. Puede ser frío y duro, como los monstruos de cemento últimos; o íntimo, familiar, como los pocos de tabloncitos que aún quedan, y donde es posible todavía el milagro de encontrarse, de reconocerse, de mirar al jugador con estatura humana.

El estadio se llena, y en él viven dos almas: las que quieren lo mismo que uno y las que quieren lo contrario. No hay cuartel, no hay condesas. Pero existe, sin embargo, una casa en común: lo que a todos lleva hasta ahí, la misma índole de pasión.

Cuando todo acaba, la ciudad recupera, lentamente, a los que ha perdido. Los recuperan las casas, las familias, esa blanda estabilidad que impone la mujer. A ella vuelven los dispersos; vuelven a ser los de siempre, como si se despojaron de esa otra alma invisible que los posee desde el almuerzo rápido y el viaje inverosímil hasta el regreso eufórico o ensimismado.

Allá, al anochecer, se queda el teatro solo. Siempre he pensado que los

fantasmas, de existir, han de vivir en los teatros mejor aún que en los castillos. La caja de resonancia ha enmudecido. El alma única ha vuelto a ser almas plurales. Pero su fantasma permanece. Quizá, por la noche, mientras el hombre duerme con el sobresalto que es como el eco de su día único, un fantasma prolijo reúna las palabras, los ademanes, los gritos, los junte a todos en una caja bien hermética, y los guarde hasta el otro domingo, para saltarlos de golpe, a los cuatro vientos, hasta que caigan en el porteño crítico, el porteño desconfiado, y se hagan en él abandono, pasión, ese poco de locura necesario (como diría Zorba) para ser un hombre vivo.